



Artículo: México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada

Autor(es): Mayer González, Alicia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 62

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Mayer González, Alicia. "México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 62 (2001): p. 17-28. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3977>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada*

Alicia Mayer

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Si revisamos la producción historiográfica del último siglo, percibimos que hay una tradición constante en la elección del modelo comparativo como metodología del quehacer histórico. Existen estudios importantes que han demostrado las bondades de esta manera de abordar los problemas que atañen a nuestra disciplina. Marc Bloch fue un pionero al valerse, desde el primer tercio del siglo XX, de la comparación para entender procesos históricos.¹

Muchos son los terrenos en que se puede aplicar el *arte* comparativo, para utilizar la expresión de John Elliott, uno de los historiadores que más se ha empeñado en practicarlo.² Así se explican fenómenos sociales, económicos, políticos, lingüísticos y, en general, culturales, según lo muestran las diversas líneas de investigación en Francia, planteadas por la llamada escuela de los *Annales*, en los Estados Unidos, Alemania y Japón. La historiografía comparada ofrece una serie de alternativas para la interpretación histórica. Abre un espacio muy amplio que permite formular hipótesis a partir de nuevos enfoques. Desde el punto de vista teórico, recientemente se han dado interesantes sugerencias como las de Jörn Rüsen, Chris Lorenz, Jürgen Kocka, Daniel Levy, Sebastian Conrad, R. J. Bosworth, Eugene Genovese, Peter Baldwin, Donald Kelley, George Iggers y Rolf Torstendahl, por mencionar a algunos.³

* Conferencia presentada el 9 de marzo de 2001 en la Universidad de California, Berkeley. Agradezco al doctor William B. Taylor su interés por que se discutieran estos temas en su seminario de posgrado.

¹ Bloch presentó una ponencia titulada "El método comparativo en historia" en el Centre International de Synthèse el 8 de enero de 1930, que fue publicada en *Revue de Synthèse Historique*, t. XLIX, Paris, 1930, p. 31-39. Consulté la versión traducida por Ciro Cardoso, en *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, Sep Setentas, 1976.

² "I would hesitate to call it a method" expresa el historiador británico. "Comparative history", en Carlos Barros (ed.), *Historia a Debate. Actas del Congreso Internacional Historia a Debate. 7-11 de julio de 1993*, Santiago de Compostela, Gráficas Sementeira, 1995, t. III, p. 17.

³ De Chris Lorenz, véase "Comparative historiography: problems and perspectives", en *History and Theory*, v. 38, n. 1, February 1999, p. 25-40. También en este volumen de *History and Theory* están contenidos los artículos de J. Kocka, "Asymmetrical historical comparison: the case of German Sonderweg", p. 40-51; de Daniel Levy, "The future of the past: historiographical disputes and competing memories in Germany and Israel", p. 51-66; de Sebastian Conrad, "What time is Japan? Problems of comparative (intercultural) historiography", p. 67-83, y el de R. J. Bosworth, "Explaining Auschwitz after the end of history: the case of Italy", p. 84-99. De E. Genovese, véase "El enfoque comparativo en la historia latinoamericana", en Ciro Cardoso *et al.*, op. cit., p. 34-50. P. Baldwin, "Comparing and generalizing: why all history is comparative, yet no history

En este espacio no me importa resaltar la forma en que estos autores emplearon esta herramienta para interpretar la historia, pues resultaría interminable la referencia. Me interesa particularmente ceñirme a la línea comparativa que atañe a la historia de la América sajona y de la hispana, por ser el tema de mi propio interés y donde he obtenido resultados con la investigación realizada en los últimos años. Antes de exponer mi experiencia al respecto, daré un breve repaso del panorama que precede a mi estudio, pues son varios los trabajos que sirvieron de punto de partida para llegar a esas consideraciones.

Por las circunstancias del mundo actual, quizá más que nunca se ha hecho necesario estudiar a los Estados Unidos desde la perspectiva de México. Las constantes aproximaciones, los estrechos contactos interculturales ponen a prueba los fundamentos de la identidad en ambos espacios, aunque quizá América Latina resulte en ello más vulnerable. El historiador puede descubrir nuevas pautas de estudio que suplan o complementen a los modelos anteriores de aproximación a los problemas históricos.

En los años treinta y cuarenta del ya siglo pasado (XX) se dieron ejemplos notables encaminados a la reflexión sobre el devenir de las llamadas "dos Américas",⁴ que se convierten en dos unidades de estudio susceptibles a la comparación. Sin embargo, es perceptible una falta de continuidad y periodos de desinterés en la elección del modelo, que se refleja en forma intermitente a través del tiempo. Lewis Hanke, en los años sesenta, hizo una revisión sucinta de los trabajos dedicados a la relación entre las dos Américas.⁵ El punto de partida fue la tesis de Eugene H. Bolton, notable bibliófilo, historiador, director de la Bancroft Library y profesor de Berkeley, quien en 1932 sugirió, influido a su vez por las ideas del profesor Bernard Moses, hacer una consideración más amplia de la historia de América que abarcara todo el hemisferio o gran parte de él y subsanar con ello el enfoque meramente nacionalista que imperaba entre sus compatriotas.⁶ La idea central de Bolton era que las Américas participaban de una experiencia histórica común. Para validar su punto, trabajó en los contrastes e interrelaciones de los pueblos hispanoamericanos y angloamericanos en Norteamérica, pero, como señala Hanke, desafortunadamente los colegas mos-

is sociology"; D. Kelley, "Grounds for comparison", y Rolf Torstendahl, "Assesing professional developments. Historiography in a comparative perspective", fueron conferencias presentadas en Oslo, Noruega, en agosto de 2000. George Iggers hace historiografía comparada en su *Historiography in the XXth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover-London, Wesleyan University Press, 1997. Asimismo, cabe destacar la publicación periódica *Comparative Studies in Society and History* de la Cambridge University Press donde regularmente aparecen importantes cuestiones de índole comparativa.

⁴ Naturalmente en este tenor, podemos aceptar la presencia de "muchas Américas" y no sólo de la sajona y la hispana.

⁵ L. Hanke, "¿Tienen las Américas una historia común?", en *Anuario*, t. I, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, año 1964, p. 416.

⁶ El discurso de Eugene H. Bolton titulado "The epic of greater America" fue presentado en la Asociación Norteamericana de Historia, en Toronto, Canadá, en diciembre de 1932 y publicado en *American Historical Review*, 38, 1933.

traron escaso interés ante sus propuestas. Parece que hubo poco impacto de las ideas de Bolton entre los historiadores norteamericanos. Tan sólo se perciben destellos reflejados en obras como la de Richard Morse y Arthur Whitaker.

La tesis de Bolton no sólo careció de eco suficiente, sino que su bien intencionada llamada de atención fue blanco de un ataque serio por parte del historiador mexicano Edmundo O'Gorman, quien lo acusó de ignorar en su intento comparativo los elementos culturales o "manifestaciones espirituales" que polarizaban tajantemente a ambas entidades. Según él, eran tales las diferencias que, al considerarlas, resaltaría en seguida la imposibilidad de filiar las dos unidades de estudio. No obstante, al exponerlas, también se ponía de manifiesto que el autor recurría necesariamente a la comparación.

El historiador mexicano salió a dar batalla contra la historia que generaliza y en los años que siguieron escribió dos importantes obras donde insistió en la división espiritual de las dos Américas, esbozando algunas otras consideraciones respecto de la historia de ambas partes del hemisferio.⁷ Igualmente, puso énfasis en que las diferencias se habían originado con el proceso de colonización, en el cual España, animada por un espíritu medieval tradicional, había heredado sus patrones de vida y pensamiento al Nuevo Mundo, mientras que Inglaterra lo había hecho a sus posesiones con un proyecto exclusivamente moderno. Compararlas, por tanto, nos proyectaría a una aporía irreductible. Ésta fue la conclusión a la que O'Gorman llegó:

América consistió en el programa de actualizar en el nuevo continente una nueva Europa, lo que es obvio, supone el trasplante de la civilización europea a las nuevas tierras. Y es aquí donde procede dar razón de la existencia de las dos Américas, la sajona y la latina, la gran dicotomía histórica americana.⁸

Los planteamientos de O'Gorman derivan de una formación filosófica e histórica que animó a toda una generación que dio brillantes resultados. Mas me atrevo a decir que la separación que formuló al hacer la comparación entre ambas entidades y aceptar las diferencias como elementos absolutos frente a las posibles similitudes se convirtió en un "modelo" exclusivamente bipolar que se aceptó por más de sesenta años en nuestra historiografía, con efectos negativos.⁹ Si bien su propuesta, basada en una interpretación dialéctica hegeliana de la historia, incitó a sus colegas y alumnos a redundar en el tema, derivó también en una visión que separaba radicalmente los núcleos que había que analizar, como supuesta tesis y antítesis, dos polos opuestos del deve-

⁷ *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, y *México: el trauma de su historia*, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1977, son los dos libros en los que O'Gorman desarrolla sus ideas al respecto.

⁸ E. O'Gorman, *México: el trauma de su historia*, p. 5.

⁹ El título mismo del libro, *México: el trauma de su historia*, refleja la imposibilidad de México para cumplir con las expectativas de llegar a la modernidad por su misma herencia histórica que lo obstaculiza.

nir histórico de América. Desafortunadamente, la polémica no prosperó al no contestar Eugene Bolton, cuya aproximación comparativa le había hecho pensar —creo que acertadamente— que era posible encontrar rasgos comunes entre estos dos mundos que permitieran un acercamiento. Las diferencias tajantes que señaló su contrincante intelectual petrificaron las alternativas de diálogo, por lo menos dos décadas más.

A pesar de la advertencia de O'Gorman de que las Américas no poseían experiencias comunes susceptibles de un estudio sintético, se promovió en la década de los años cuarenta la creación de un programa general de Historia de América que fue publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia bajo la dirección del historiador Silvio Zavala,¹⁰ a quien debemos también muchas reflexiones sobre la historia comparada. Aunque en este proyecto trabajaron de manera conjunta investigadores mexicanos y norteamericanos, el resultado no fue, en mi opinión, un estudio que lograra el análisis comparativo de manera profunda. El abultado tomo reúne trescientos años de historia colonial, pero el desarrollo social, económico, político y cultural de las diferentes entidades que componen todo el hemisferio (muchas Américas, por así decirlo) se presenta un tanto esquemáticamente para dejarle al lector la tarea de sacar las conclusiones de si existen o no elementos comunes en las diversas experiencias históricas. Además, no puede verse tampoco a toda la América Latina como un gran bloque homogéneo. Pese a la herencia cultural y lingüística que comparten los pueblos que la conforman, no son pocas las características que las distinguen. México tiene en muchos sentidos, un desarrollo muy tangencial al resto de las sociedades latinoamericanas. La *Historia de América* fue una tarea monumental, si se quiere, pues aportó información valiosa de forma condensada, pero reveló también los fantasmas que O'Gorman presagió que aparecerían al querer sintetizar lo que es en sí mismo algo gigantesco.

En México, pocos discípulos y colegas de O'Gorman publicaron resultados que trillaran sobre la dicotomía americana. En la década que le siguió a la publicación del programa de Historia de América (1947), el filósofo Leopoldo Zea y el historiador Juan A. Ortega y Medina prestaron atención a las consideraciones comparativas entre México y los Estados Unidos. Ambos hicieron énfasis en la importancia de la historia de las ideas para la comprensión de la historia de América, muy probablemente a raíz de la crítica que le había formulado O'Gorman a Bolton en este sentido. Es muy sintomático que uno de los primeros ejercicios de Ortega y Medina dentro del oficio de historiar haya sido precisamente su *Reforma y modernidad* (1952), un estudio hasta cierto punto comparativo sobre el modo de ser de España e Inglaterra, portadoras ambas de un programa vital para las Américas. Por su parte, Zea advirtió que "la América latina [era] incomprensible sin su contrapartida, la América sajona; pero a su

¹⁰ Silvio Zavala (coord.), *Programa de Historia de América en la época colonial*, resumen en inglés por Max Savelle, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961.

vez, toda la América sería incomprendible sin el Viejo Mundo que la había incorporado a su historia".¹¹

Son muy amplias las tesis formuladas por Zea sobre la conciencia de las diferentes Américas y se fundamentan en la historia de las ideas y el método dialéctico. Sin embargo, la línea que me atañe directamente es la que planteó Ortega y Medina, quien durante toda su vida puso atención en temas susceptibles de una consideración comparativa, haciendo énfasis sobre todo en "asuntos de conciencia". Su predilección fue el contraste entre España e Inglaterra y entre sus mundos coloniales, siempre aferrado a la explicación del contexto general donde ubicaba sus unidades de estudio, sin perder de vista el sustrato filosófico, la ética, los perfiles íntimos y las honduras psicológicas. Se orientó a la forma en que se decanta la ideología en el devenir del tiempo y cómo ésta se troca en formas de vida y de pensamiento que se arraigan durante periodos largos de tiempo, o quizá se quedan para siempre.¹²

Si bien los investigadores formados por Ortega y Medina tuvieron interés en abordar la historia de los Estados Unidos desde diferentes ángulos o perspectivas, por lo general, casi no recurrieron a la comparación con México ni a la historia de las ideas como auxiliares para la comprensión histórica. Mientras tanto, en los Estados Unidos los investigadores sí continúan haciendo historia comparada, siguiendo muchas veces la línea de *Annales*, es decir, de Marc Bloch, Henri Pirenne, Lucien Febvre y Fernand Braudel, o bien en busca de nuevos derroteros. Basta mencionar el enfoque dentro del materialismo histórico que realiza Eugene Genovese, quien mide las respuestas particulares de las colonias del Nuevo Mundo a las exigencias del mercado mundial.¹³

En las últimas dos décadas encontramos nuevas preocupaciones en este sentido. La más reciente es la propuesta de John Elliott que sugiere una historia comparada de grandes alcances sobre la colonización inglesa y la española en este hemisferio. Para él, "hay muchas maneras de hacer conexiones históricas, pero creo que de las más prometedoras, aunque también de las más demandantes, es por medio de la historia comparativa".¹⁴ Curiosamente el punto de partida de Elliott fue la misma interrogante que planteó Lewis Hanke en la década de los años sesenta, sobre si tenían las Américas una historia común.¹⁵ La idea

¹¹ Juan A. Ortega y Medina, *Reforma y modernidad*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999. Leopoldo Zea, *La esencia de lo americano*, Buenos Aires, Pleamar, 1971, p. 8. Los otros libros de Zea, donde redunda en su preocupación comparativa entre las dos unidades de estudio mencionadas, son *América en la historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, y *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976.

¹² Un estudio interesante sobre la coherencia en la historia de las ideas está en el artículo de Mark Bevir, "Mind and method in the history of ideas", en *History and Theory*, v. 36, n. 2, May 1997, p. 167-189.

¹³ E. Genovese, en *Ciro Cardoso et al.*, *op. cit.*, p. 34-50.

¹⁴ "There are many ways of making historical connections, but I believe that one of the most promising, if also one of the most demanding, is by means of comparative history." "Comparative history", en Carlos Barros (ed.), *op. cit.*, p. 9.

¹⁵ Ambos artículos, el de Hanke y el de Elliott, tienen idénticos títulos: "¿Tienen las Américas una historia común?", el de Hanke, *op. cit.*, y el de J. Elliott en *Letras Libres*, año 1, n. 6, México, junio 1999.

de que las Américas participaban de una experiencia compartida se desarrolló paulatinamente desde el siglo XIX, cuando la historia emerge como disciplina profesional, aunque ha tenido que recorrer un camino lleno de obstáculos, derivados principalmente de la noción de que nada podían tener en común pueblos tan distintos en etnia, desarrollo, lengua y tradiciones. Los mitos y estereotipos, que a veces rayan en lo caricaturesco, ganaron siempre terreno a los intentos de acercamiento más objetivo.

Como Bolton, Elliott considera que existe una "gran América" que comparte rasgos, lo que la hace tema favorito del historiador que compara. Para él, la historia común de América no existe, siguiendo en esto a O'Gorman, antes de la llegada de los europeos, pues fue, en efecto, "inventada" por los recién llegados como entidad, como concepto.¹⁶ Así "es posible decir que ha sido la influencia europea la que ha marcado a las Américas hasta nuestros días". En este sentido Elliott concluye que, "a pesar de la unidad o diversidad de su experiencia histórica, América sí posee una historia común".¹⁷ El historiador británico no ignora, sin embargo, que existe en el continente una realidad propia en cada entorno que, a su vez, hace a cada lugar del hemisferio distinto de Europa y de las demás realidades americanas entre sí. Para él, hay procesos o tendencias comunes, lo que coincide con lo que Silvio Zavala había propuesto décadas atrás, que la perspectiva americana permite apreciar un cuadro panorámico de experiencias paralelas haciendo que en algunas áreas geográficas ciertas conexiones reales fueran posibles.

Como puede apreciarse, aunque han existido importantes aportaciones que invitan a la reflexión, no hay una producción demasiado extensa de estudios históricos que se valgan del arte comparativo para el caso de México y los Estados Unidos. Es indudable que en ambos países se ha hecho historia comparada, pero desde otros ángulos o perspectivas y no respecto de este fenómeno histórico en particular que demarca las experiencias susceptibles de comparación entre la América sajona y la hispana. Quiero insistir en la importancia de hacerlo sistemáticamente desde México y con otra intención a la que animó a los investigadores de las décadas de los años treinta y cuarenta, más forzados en "competir" con el modelo dictado por el imperialismo, por el éxito fehaciente alcanzado por los Estados Unidos desde el siglo XIX, y posteriormente en medir sus propias fuerzas en una época dominada por la "guerra fría" en que se hacía conveniente, desde el punto de vista político, afiliarse a la ejemplaridad de los norteamericanos. La historiografía en México, considerada desde el llamado "primer mundo" como "periférica", ahora debe proponer espacios para llegar a una historia realmente comprensiva basada en el diálogo y en el énfasis en su propia y diferente identidad.

¹⁶ J. Elliott, *op. cit.*, p. 12.

¹⁷ *Ibidem.*

Patrick Karl O'Brien hace referencia a estas necesarias aproximaciones en el mundo actual:

Comparaciones y conexiones son los estilos dominantes de la historia global. Ejercidas con sensibilidad, deben aumentar nuestro entendimiento sobre diferencia y diversidad, satisfacer la demanda de perspectiva para aquellos que tratan de comprender tendencias aceleradas hacia la interdependencia y la integración en una escala global y, finalmente, permitir una apreciación menos etnocéntrica de los múltiples logros de más personas, comunidades y culturas en largos espacios de la historia humana.¹⁸

Toca ahora referir mi propia experiencia en el terreno de la historiografía comparada. En 1998 publiqué un libro, titulado *Dos americanos, dos pensamientos: Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, que fue una versión ampliada y revisada de mi tesis doctoral. Lo que resultó fue ciertamente un estudio comparativo, aunque la metodología comparativa no fue un *a priori* de la investigación. En otras palabras, el afán por aplicar un método en particular no fue el punto de partida del análisis. Siempre he pensado que los trabajos tienen muchas veces orígenes más modestos de lo que los lectores creen. Cada historiador construye su historia de acuerdo con una personal experiencia en la investigación, luego el libro cobra vida propia cuando es interpretado por el supuesto lector y, finalmente, quien lo lee emite su juicio sobre el asunto analizado, que no necesariamente concuerda con la idea que originalmente el autor deseaba plantear. Naturalmente las lecturas de Bloch, Braudel, O'Gorman, Ortega y Medina y Elliott recientemente fueron inspiradoras, pero quizá mis fines para utilizar el enfoque comparativo fueron otros. Para empezar, no partí de la pregunta de si las Américas tenían una experiencia común. Sin duda se manifiestan tradiciones comunes reflejadas en costumbres similares, en la formación de una conciencia, en semejantes fermentos sociales, en vínculos intelectuales y morales, etcétera. No creo que la finalidad de hacer el estudio comparativo sea llegar a probar que existe una historia común. En el curso de la investigación se prueba que más bien hay procesos e ideas comunes, pero no tanto una historia común. Me interesó revisar ciertos periodos de la historia colonial tomando como referencia las dos Américas, a través del pensamiento de dos personajes de la época, que ciertamente fueron también representativos de su propio contexto americano. Contrastando la interpretación de ambos, creí que se podía arrojar luz sobre la forma de pensar y de entender el mundo en estas sociedades.

¹⁸ "Comparisons and connexions are the dominant styles of global history. Pursued with sensitivity they should deepen our understanding of difference and diversity, meet the demand for perspective for those trying to comprehend accelerated trends towards interdependence and integration on a global scale, and, finally, allow for a less ethnocentric appreciation of the manifold achievements of more peoples, communities and cultures over long spans of human history". Patrick K. O'Brien, "The status and future of universal history", en Solvi Sogner (ed.), "Making sense of global history", *The 19th International Congress of the Historical Sciences, Oslo 2000. Commemorative Volume*, Oslo, Universitetsforlaget, 2000, p. 31.

La elección del tema se dio por lo que Marc Bloch llamó “analogías de naturaleza”; “practicar el método comparativo en el marco de las ciencias humanas consiste —dijo— en buscar para explicarlas las similitudes y las diferencias que ofrecen dos series de naturaleza análoga, tomadas de medios sociales distintos”.¹⁹ De esta manera la comparación fue posible, pues los dos personajes tuvieron en muchos sentidos vidas paralelas y se movieron en espacios determinados por un mismo contexto mundial. Ambos fueron contemporáneos, productos intelectuales de una época en crisis, autores prolíficos, antagonistas religiosos y “nacionales”. Los dos gozaron de fama y reconocimiento, influyeron en las generaciones posteriores, ocuparon una posición privilegiada, se destacaron como humanistas, pertenecieron a una elite, fueron versátiles y un eslabón importante en el desarrollo de la toma de conciencia del papel de América en el devenir universal. En suma, representaron el amanecer de una cultura americana distintiva, lo que también los alejó del ambiente que vivía Europa en ese momento.

Entre más cerca en espacio y tiempo se encuentren las unidades a comparar, más fácil es percibir sus puntos de semejanza y sus diferencias e, inclusive, más aceptables —dentro de un rango de relatividad, por supuesto— serán las conclusiones. El historiador siempre debe manejarse con cautela en este tipo de análisis para no dejarse convencer por apariencias, caer en ideas parciales o unilaterales que lo proyecten a los estereotipos que quiere eliminar. Se debe evitar colocar a los personajes en una balanza, para que el juicio histórico no se incline favorable o desfavorablemente hacia uno u otro lado. Siempre debe animarnos el equilibrio en la interpretación.

No fue mi intención hacer la historia de grandes seres inasequibles por su supuesta grandeza, sino aprender algo de su pensamiento. Había que desentrañar en la medida de lo posible su visión del mundo, que nos llevaría a un plano más alto, es decir, a descubrir la concepción de un núcleo mayor de personas. Así, el estudio comparativo tenía la doble tarea de penetrar, al mismo tiempo, en el legado intelectual de dos hombres, aunque sólo fueran representativos de una elite social y dar una visión de un periodo de la historia colonial de América. Los procesos son ininteligibles si no se profundiza en los pormenores de la vida de los hombres, pero, al mismo tiempo, ésta no se entiende sin el cúmulo de las experiencias pasadas y del contexto.

Aquí debo dar cuenta de algunas dificultades que tuve que sortear. Adentrarse en la vida de los personajes no ofrece tanto problema. Se trata de contemplar acontecimientos en un lapso lineal y muy corto de tiempo, digamos, ochenta años. El reto es rastrear las herencias culturales y la proyección de las influencias para llegar a una síntesis comprensible de la información, mientras se juega en los planos de lo temporal y de lo espacial, por ejemplo, de lo particular (su entorno, su ciudad), a lo local o regional (Nueva España, Massachusetts) y finalmente al contexto mundial (Mundo Atlántico, Occidente, Europa).

¹⁹ Cit. de M. Bloch, en *Ciro Cardoso et al., op. cit.*, p. 26, 27.

En el trabajo opté por dar un primer espacio a los antecedentes generales de amplio espectro, a los fenómenos generales de los siglos XVI al XVIII, que conforman no sólo el “marco internacional”, sino el punto de referencia que origina el modo de pensar de los personajes que interpretan su propio tiempo en respuesta a la herencia cultural que los precede y a la época en que viven. Aquí repaso desde el punto de vista comparativo los diferentes desarrollos de Inglaterra y de España y también de sus ámbitos coloniales. Me interesan esquemas ideológicos surgidos en estas centurias: el desasosiego espiritual presente en el conflictivo periodo Reforma-Contrarreforma y la consiguiente crisis de valores y la defensa que llevaron a cabo estos países de su forma de ser. Mi conclusión en este punto es que el conflicto anglo-hispánico con sus diferencias nacionales se trasplantó al continente americano donde tuvo una vigencia extraordinaria. Quizá podría pensarse que estas interpretaciones, que necesariamente contrastan dos formas culturales, nos arrojan, al hacer la comparación, a discusiones estériles. Por ejemplo, uno de los planteamientos más abordados en el trabajo fue en torno a los conceptos de modernidad y tradición, viejo debate en la historiografía. Siempre he tratado de sostener que ahondar en estos conceptos no es un ejercicio inútil para nosotros los latinoamericanos, considerados comúnmente como pueblos periféricos en relación con las potencias. Éstos fueron aspectos que crearon modos culturales que reflejan vínculos o diferencias entre las llamadas dos Américas. Una de las conclusiones de la investigación es que la modernidad no es una sola posesión de las sociedades protestantes ni es privativa de ellas.

En nuestro afán por presentar un amplio contexto, no había que olvidar en importancia la realidad americana. Ciertamente los colonos heredaron los patrones europeos, pero lo más interesante se finca en la realización de éstos en suelo americano.²⁰ Quizá en la búsqueda de una identidad propia y en el desarrollo del fenómeno del criollismo es donde despuntan más las similitudes, las “experiencias comunes”.

Después del breve repaso histórico y de la presentación de las respectivas biografías, había que volver a remontar el vuelo para no quedarnos con la falsa noción de que el estudio recuperaba “personalidades excepcionales” hacedoras de la historia, dándole un matiz acartonado y anticuado al trabajo. El fin fue entender el modo de pensar de los personajes, la actitud ante los cambios y la interpretación de su mundo. Para ello, había que manejar siempre de manera paralela los dos planos, el particular de su pensamiento y el general de su ubicación en los asuntos internacionales. Esto nos enfrentó a otra dificultad, que fue la disparidad en la información, lo que siempre se presenta como un problema en la historia comparada. Son las trampas y los límites de los que hace mención

²⁰ Estas interpretaciones las expongo en mi artículo “América, nuevo escenario del conflicto Reforma y Contrarreforma”, en María Alba Pastor y Alicia Mayer (coords.), *Formaciones religiosas en la América colonial*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras y Dirección General Asuntos del Personal Académico, 2000, p. 13-37.

Eugene Genovese para este modelo de quehacer histórico. Por ejemplo, Mather escribió más de cuatrocientas obras de las cuales se conserva la mayoría, mientras que los pocos escritos publicados de Sigüenza no rebasan la veintena y los manuscritos están perdidos definitivamente o fragmentados. Creo que fue posible salvar este escollo al apuntar hacia la historia de las ideas, más que a cualquier otro asunto más específico o cuantificable.

La última parte del estudio se dedica al contraste del pensamiento. El acercamiento comparativo se hizo tomando en cuenta varios aspectos, como su religiosidad, su enfoque científico, su criterio histórico, su idea del entorno, su manera de valorar a otros grupos diferentes (negros, indios, minorías), su percepción de los acontecimientos, en fin.

Analizando el libro de forma general, podría desde luego hacer un juicio de las muchas interrogantes que se desprenden del trabajo. Éste no da una gran visión de totalidad. Los dos personajes sólo se reflejan a sí mismos y quizá lo hagan también con la elite social de la que son parte. Despuntan el posible modo de pensar, de razonar y de sentir de un grupo intelectual, no de la sociedad en conjunto o de otros grupos sociales. Vale la pena preguntarnos aquí si la época permite comprender a las figuras que transitan fugazmente en ella o son ellos los que dan tono a la época. En este caso particular, Sigüenza y Mather sólo dan pistas para comprender rasgos generales de la vida social, de la atmósfera psicológica, pero no podemos dar una conclusión definitiva sobre la forma de pensar de toda una generación en una etapa tan extensa como lo es la era colonial. Quizá otra crítica podría darse en el sentido de que el trabajo ofrece la apreciación de un cuadro de experiencias paralelas donde no existieron, de hecho, conexiones reales que mostraran un juego más interesante de aproximaciones o divergencias. Aquí sólo se expone cómo el contexto motiva iguales o distintas respuestas a las influencias y cambios y cómo dichas respuestas a los estímulos internos (de la conciencia) y externos (del entorno) condicionan, en un grupo específico y de acuerdo con su propia visión del mundo, una serie de actitudes que muchas veces trascienden a la posteridad por el grado de admiración que producen esas personalidades o sus escritos entre sus contemporáneos.

Un enfoque comparativo tiene mucho más que ofrecer que otros modos de abordar la historia, sobre todo los más cuantitativos. Resulta por ello interesante comparar manifestaciones humanas y fenómenos culturales de amplia trascendencia. Por ejemplo, al resaltar diferentes tipos de organización que observaron católicos y protestantes en América y sus diversas concepciones, afloran también metas y planteamientos similares. En este punto el estudio arrojó diferentes conclusiones a las que llegaron O'Gorman y Ortega Medina cuando estudiaron en una perspectiva más general las manifestaciones espirituales entre protestantes y católicos.²¹ En el curso de la investigación despinata que el auge de Inglate-

²¹ Creo que la interpretación común en los dos autores fue que los puritanos eran el ejemplo de la modernidad en todos sentidos y los católicos de retraso y misonéismo.

rra o la decadencia política de España muchas veces no se reflejaron en sus colonias. Sin afán de plantear un contraataque intelectual, podríamos decir que hay un pensamiento más "moderno" entre algunos personajes novohispanos que en los novoiñgleses, pues encontramos patrones muy tradicionales entre los puritanos. En el desarrollo del pensamiento colonial no hay polos absolutamente opuestos. Ninguna de las entidades estudiadas está dotada de mejores o peores cualidades o, más aún, de mejor categoría histórica. No existen prototipos acabados de una corriente única. Los ámbitos coloniales se ven inmersos en procesos de transformación general motivada por los grandes movimientos europeos y americanos (e igualmente asiáticos y africanos). En América hay fenómenos que imprimen su sello respecto de Europa y de las diferentes entidades americanas entre sí. Hay características que traspasan "fronteras" nacionales, religiosas y culturales, y se amalgaman sin importar los diferentes espacios en los que se desenvuelve la vida de las personas.

No creo que sea posible una síntesis comparativa de toda la vida colonial en América como lo propone, en parte, Elliott, aunque él es muy consciente de que una historia comparativa macroanalítica resulta demasiado ambiciosa. Mi trabajo sólo trató de abrir espacios particulares que dieran pie gradualmente a un acercamiento más general, sumándose a otros estudios específicos como los que he propuesto entre mis alumnos seminaristas. Hemos hablado de comparar a dos extraordinarias mujeres que también fueron contemporáneas en el hemisferio americano, a sor Juana Inés de la Cruz, la monja poetisa, con Emily Dickinson, llamada entre los puritanos "décima musa". Otra posibilidad es abordar de igual forma el diálogo respecto del indio que sostuvieron Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda, desde el lado hispánico, así como Roger Williams y John Cotton, del angloamericano. Esto, desde una perspectiva acotada, pero también se hace necesario analizar comparativamente aspectos más generales y contrastar conjuntos sociales como organizaciones profesionales o religiosas, por ejemplo, así como lo político y lo económico. La finalidad es continuar abriendo espacios más amplios de interpretación. Como refiere George Iggers, "Quizá podamos ver en la historia de la historiografía un diálogo continuo que, si bien no alcanza el final, contribuye a un ensanchamiento de la perspectiva".²²

Siento que Bolton no se equivocaba al proponer la necesidad de conocer la historia de América en general para mirar un paisaje más amplio del que ofrecen las historias nacionales. Espero que, al haber profundizado en analogías y diferencias de múltiples aspectos de la vida colonial en el terreno de las ideas, se haya logrado conocer algo más de los vínculos y divergencias entre dos culturas distintas, con el fin de disipar prejuicios y borrar estereotipos que perjudican el acercamiento franco, abierto e igualitario entre los historiadores.

²² "Perhaps we can see in the history of historiography an ongoing dialogue that, while it never reaches finality, contributes to a broadening of perspective." G. Iggers, *op. cit.*, 1997, p. 16.

No se pueden emitir conclusiones definitivas del estudio comparativo realizado. Se trata de dar una posible respuesta a los problemas que derivan del quehacer mismo de nuestra disciplina. Se buscó darles solución analizando "dualismos" en aras de borrar determinismos históricos, para ayudar así a romper barreras innecesarias que aún existen. El fin podría ser incitar a un debate recapitulador e instrumentar una nueva materia prima conceptual que nos acerque a la historia de América, no desde la perspectiva de la dicotomía que conduce a la disyuntiva de elegir sólo entre dos caminos del desarrollo histórico, sino desde una que perfile un todo congruente, esclarecedor, comprensivo y abierto. Sin duda en este sentido la historiografía comparada abre nuevos cauces de estudio, pues es una invitación al diálogo cultural. El producto final de este primer acercamiento me muestra en lo personal que el tejer cuidadosamente una urdimbre compuesta de todos los elementos que formaron un bagaje cultural en una época no determinada por siglos, sino por ciclos, fue una tarea apasionante, creativa y enriquecedora. □

